

Martínez Lillo, P. y Estefanía, J. (Coords.). (2016) *América Latina: Un Nuevo Contrato Social*, Madrid: Cátedra de Estudios Iberoamericanos Jesús de Polanco, Fundación Santillana, Marcial Pons Editores.

Juan Radic Vega  
Universidad Autónoma de Madrid, España  
juanignacio.radic@uam.es

El sugerente título de este libro, nos invita a reflexionar sobre el momento al que asiste América Latina. La evocación *roussonian* de los autores, no solo invita a pensar en el tipo de ciudadanía y democracia que se construya para el siglo XXI, sino que, al mismo tiempo, nos instiga a repensar los paradigmas en que se ha constituido la región a lo largo de su historia, y que dicen relación a una estructura social sumamente desequilibrada y desigual. La obra colectiva dirigida por el historiador Pedro Martínez-Lillo y el periodista y economista Joaquín Estefanía, exhibe un panorama diverso y complejo del continente, situando los problemas, incertidumbres y desafíos a los que asiste la región tras la “década ganada” que representaron los años 2003-2013. La confluencia de un periodo económico favorable por el alto precio de las materias primas demandadas por el auge chino, la consolidación de la democracia como sistema político hegemónico y la expansión de gobiernos de abierta sensibilidad social que implementaron una serie de políticas destinadas a combatir la desigualdad, propiciaron un salto cuantitativo para el posicionamiento de la región en el sistema internacional. Desde esta perspectiva, el libro es un intento por evidenciar los enormes avances que ha vivido la región en las últimas décadas, a partir de la implementación de un conjunto de políticas heterodoxas que han combinado crecimiento macroeconómico, estabilidad fiscal y políticas sociales, relativizando la influencia que tuvo el Consenso de Washington y su lógica neoliberal en la década de 1990. Este giro producido en la última década, ha intentado, con éxito relativo, reconducir a través del Estado los beneficios que ha traído el auge económico. Desde esta óptica, se insiste en la relevancia del momento actual y los desafíos que tiene Latinoamérica de cara a consolidar los avances alcanzados.

La obra, reúne a distintos investigadores europeos y latinoamericanos para aportar nuevas miradas sobre el tiempo presente. En ese sentido, resulta interesante su propuesta multidisciplinar en la que convergen juristas, historiadores, economistas, diplomáticos, entre otros, entregándonos distintos enfoques respecto a una amplia diversidad de temas que marcan las agendas de América Latina de cara a su futuro en el sistema internacional. Dividida en nueve capítulos, la política, la historia, la economía, la integración regional, los temas pendientes y los desafíos

en distintos ámbitos como la garantía de los derechos fundamentales, la mejora en las relaciones laborales o el paso para consolidar una economía diversificada, se constituyen en el foco de análisis de esta obra, que se complementa con cinco documentos fundamentales para entender la historia reciente de la región.

Desde un punto de vista analítico, la primera parte del libro pretende ser una propuesta reflexiva de distintos fenómenos que se están sucediendo actualmente en América Latina, entregando un diagnóstico claro respecto a la situación en la que se encuentra el continente: El siglo XXI evidencia los cambios estructurales que han modificado profundamente “la cartografía social” de la región, señalan los autores en su presentación. Importantes avances sociales, económicos y políticos alcanzados en el nuevo siglo, posicionan a América Latina en un momento decisivo para consolidar esos avances. Resulta vital no obstante, alcanzar un nuevo contrato social, justo en un momento de cambio en la coyuntura, donde la contracción económica y el cuestionamiento y desgaste a los procesos políticos de izquierda vividos en la última década, propician interrogantes respecto de cuáles serán los derroteros por los que se encaminará la región. Sin embargo, los autores se niegan a caer en el sesgo habitual que incurren los estudios europeos sobre América Latina como si los giros y retrocesos permanentes fuesen un aspecto axiológico del continente. De ahí la relevancia de este nuevo momento político –señalan– y la necesidad de reafirmar un nuevo pacto social, que no solo mantenga las tasas de crecimiento económico y disminución de la pobreza –un sector a la baja en la estructura social– como ha venido ocurriendo en las últimas décadas, sino también que termine con las profundas brechas de desigualdad, mejore las condiciones básicas de salud, trabajo y que, en definitiva, aporten nuevas bases para la cohesión social. Ese es el desafío. Este nuevo contrato social, entonces, debiese modificar los parámetros –históricos– que han definido el actual régimen social en el continente, a saber,

[...] pequeños Estados a los que las élites (y la pequeña clase media a ellas unidas) contribuían con impuestos bajos y del que se beneficiaban tan solo esa porción minoritaria de la población (pensiones, indemnizaciones por despidos...) conformada por los trabajadores de la economía formal y del sector privado (p. 20).

Si bien es cierto que los avances en la consolidación democrática y la reducción de la pobreza, así como la implementación en algunos países de políticas asistenciales para los sectores más vulnerables de la población, han permitido importantes mejoras en la vida de sus ciudadanos, el nuevo giro conservador que se observa en varios países del continente, sumado al

frenazo de la economía, siembran importantes dudas –creemos– respecto a la posibilidad cierta de llevar adelante la consolidación de este proceso de auge y desarrollo. No se trata de caer en el pesimismo al que los propios autores hacen mención, sin embargo, conviene tener en cuenta las resistencias históricas que los sectores conservadores –la élite en general– han tenido a los cambios en el ámbito sociopolítico. El rechazo a los acuerdos de Paz en Colombia, la obstinación a mejorar las leyes laborales en Chile o los retrocesos democráticos que representan los hechos que se suceden en Brasil, por poner solo algunos ejemplos, manifiestan que el paso hacia la consolidación de los avances –hacia la creación de un Estado de bienestar latinoamericano, podríamos precisar– sigue siendo gigantesco e incierto. No solo por las dificultades estructurales de la economía –insuficientemente diversificada– o la sociedad –con una alta brecha de desigualdad y fragmentación social– sino por las propias características del antagonismo que presenta la sociedad latinoamericana, donde sus élites se siguen resistiendo férreamente a un cambio efectivo en las relaciones de poder, cuestión que repercute directamente en las condiciones del pacto social que proponen los autores. En ese sentido, tenemos algún grado de duda respecto a que los avances alcanzados en la ampliación de la ciudadanía social sean irreversible. Al menos, en el corto plazo.

El primer capítulo está a cargo de Rebeca Gryspan, Secretaria General Iberoamericana. Su trabajo define los retos que enfrenta el continente en un contexto económico más difícil que el de los últimos años, identificando las fortalezas y debilidades con los que carga. El crecimiento económico, las políticas sociales e inversión pública desarrolladas por gobiernos progresistas, han sido las responsables según la autora de “la transformación de la estructura social de la región” (p. 25). Sin embargo, pese a encontrarse en el mejor momento de su historia, este avance solo ha sido el primer paso hacia el bienestar, debiendo mantener ciertas tendencias y abordar y profundizar otras, para consolidar estos avances, en un contexto –ahora– de estancamiento económico. Ahí la dificultad y el mayor desafío. En esa línea, la autora entrega algunas propuestas para incentivar la productividad, la competencia y una mejor diversificación de la economía; otras destinadas a fortalecer las redes de formación del capital humano, mejorando al mismo tiempo la calidad en salud y educación, cuestión no lo suficientemente incentivadas durante este periodo de auge. El eje de los temas aún por profundizar, por lo tanto, dicen relación con los sistemas de seguridad social; “Hay necesidad (...) respuesta a las nuevas clases medias que no solo exigen acceso a los servicios públicos sino calidad de los mismos y mayor participación en la toma de decisiones” (p. 38). Lo interesante del diagnóstico de la Secretaria General de la Segib, es que evidencia la fragilidad de los progresos alcanzados. De ahí

que sus propuestas se entiendan no solo como necesarias sino más bien como requisitos fundamentales para mantener la senda hacia el desarrollo y la ampliación del bienestar a un mayor número de personas. Es más, insiste que mantener el ritmo y nivel de las políticas que han funcionado en los últimos diez años no va a ser suficientes para garantizar el éxito, resultando fundamental la defensa –y profundización– de las ganancias sociales registradas en el último tiempo así como realizar una revolución en la productividad.

El segundo capítulo entrega el marco histórico en el que se desarrolla América Latina en las últimas décadas. Identificando dos periodos bien marcados en los que se imponen un conjunto de matrices político-conceptuales que sintetizan una determinada cultura política regional (que definirá y se hará cargo de los problemas que enfrenta el continente en cada uno de estos periodos), Pedro Martínez Lillo y Pablo Rubio escenifican el proceso de transformación política y social de la región, sindicando al Estado, la democracia, el mercado y las resistencias sociales en los ejes de su análisis, a través del estudio de los discursos que dan sentido y significado a estas culturas políticas hegemónicas. Resulta particularmente interesante la representación que elaboran de este periodo en la historia del continente, sobre todo por el esfuerzo que realizan para construir un relato de conjunto, que entrega una efectiva dimensión regional a los procesos que se experimentan, evitando ser una mera suma de historias nacionales como habitualmente se encuentra en los estudios sobre América Latina, sin perder de vista tampoco, las diferencias que cada nación experimenta en esta época. Desde esta perspectiva, además, sitúan estos procesos políticos en una dimensión global, significando la trayectoria del continente en el sistema internacional. Pese a los límites de sus conclusiones –efectivamente como ellos reconocen, los procesos analizados siguen abiertos y en desarrollo– resulta un valioso y coherente estudio acerca de la historia del tiempo presente latinoamericano, precisando los temas y conceptos claves que han definido y dado sentido a los procesos del continente en los últimos veinte años. En ese orden, un elemento que resulta particularmente apreciable es la buena selección de documentos que utilizan los autores para dar fundamento a sus análisis. Desde ellos, construyen de manera armónica su relato, situándolos y significándolos en un contexto específico. Comisiones de la Verdad, discursos de expresidentes o los discursos que marcan los lineamientos fundamentales del zapatismo, entre otros, son un soporte consistente que facilitan conocer, desde las propias fuentes, las complejidades y problemáticas que se expresan en los distintos escenarios sociopolíticos del continente.

Siguiendo en esta dinámica, Federico Gualdoni realiza un análisis de

los problemas que representa esta “adicción” a las materias primas que ha tenido el continente a lo largo de su historia. La enorme dependencia de la demanda China así como la tendencia a concentrar en pocos recursos el grueso de la exportación, convierten este súper ciclo económico en un momento de crecimiento y estabilidad, pero en ningún caso en un modelo a proyectar. En ese sentido, comparte las visiones de Grynspan respecto al paso al frente que deben realizar los países del continente en materias tan diversas como la competitividad, mejor enfoque en el gasto social, posibilidad de reducir la informalidad de la economía –propiciando una mejora en sus políticas educativas que conduzcan en el mediano plazo a una economía más sofisticada–, en suma, a una agenda regional que incorpore diversos ámbitos como las reformas educativas, la inversión en infraestructuras o medidas para aumentar la productividad o la eficiencia del gasto social. Políticas a largo plazo que no pueden seguir postergándose. Tras el salto que significó el auge 2003-2013, este nuevo periodo de contracción debiera servir para cumplir con aquellas asignaturas pendientes que se tornan impostergables no solo para seguir posicionando a la región sino para no posibilitar retrocesos.

Reforzando la idea de que el eje de las agendas gubernativas latinoamericanas se centre en la redistribución socioeconómica para consolidar los avances de las últimas décadas, Joaquín Estefanía realiza una interesante reflexión –que podríamos extrapolar al mundo en general– respecto a las dificultades que existen en la actualidad para implementar políticas nekeynesianas que posibiliten la construcción del Estado de bienestar. En esa línea, se enfatiza la dificultad que impone la lógica económica actual para llevar adelante políticas redistributivas interclasial. Es decir, una redistribución entre capital y trabajo, de ricos a pobres. Su reflexión resulta un sutil llamado a observar el alto componente ideológico de los discursos imperantes en la economía neoliberal. Desde esta perspectiva, su conexión de este contexto global con la realidad actual latinoamericana, le permiten presentar el hecho de que si bien se han alcanzado importante logros en materias de derechos y bienestar, estos representan un punto de partida y en ningún caso de llegada, recordándonos que efectivamente para que un ciudadano alcance efectivamente tal designación, lo debe hacer en un triple sentido: político, civil y económico.

Si bien el trabajo realizado por la doctora en Derecho Penal, Silvina Bacigalupo, representa un estudio minucioso sobre la emergencia de la criminalidad económica internacional y la corrupción, y los desafíos que la justicia debe acometer para abordar las nuevas problemáticas que este tipo de delitos propician, se distancia enormemente del ámbito que el libro propone. Es más, su visión general si bien nos aporta una mirada de

conjunto, sus precisiones se sustentan fundamentalmente en el caso español y solo tangencialmente en el ámbito latinoamericano, convirtiéndose en un texto algo inconexo y alejado de las temáticas y problemáticas que convocan a la obra.

El capítulo 6 realizado por el exembajador español en Cuba, Carlos Alonso Zaldívar, es quizás el único texto del libro que aborda específicamente el caso de un solo país latinoamericano, aunque desde este, nos enuncia algunas cuestiones de carácter regional. El caso bien lo vale, tanto por la situación de Cuba en el contexto regional e internacional, como por la brillantez de la exposición del exembajador. Su análisis de la situación en el nuevo escenario de diálogos con Estados Unidos, resulta extremadamente esclarecedor de los procesos internos y externos de la isla desde el bloqueo realizado por Estado Unidos. Libre de los estereotipos que habitualmente soslayan la realidad cubana, con una claridad manifiesta y conocedor en profundidad de la realidad social, política y cultural de la Cuba castrista, el texto transcurre en una dialéctica entre las interrogantes más habituales que el autor identifica y su opinión de las mismas, entregándonos claves fundamentales respecto a las posibilidades a las que se enfrenta Cuba en el nuevo escenario que suscita el acercamiento entre Barack Obama y Raúl Castro. Es un texto imperdible ya que de manera sencilla desacredita los mitos y aporta información relevante para comprender los procesos sociales políticos y culturales que explican en parte, el papel de Cuba en la región.

Mariana Leone desarrolla de manera interesante y desde una perspectiva novedosa, los últimos procesos de integración regional latinoamericana. Su objetivo de demostrar la relevancia de la identidad –entendida como un proceso de construcción social que define de algún modo la forma en que entendemos el mundo y nos relacionamos con los demás– la llevan a una reflexión sobre los elementos que finalmente movilizan y sostienen este tipo de iniciativas. Amparada en varios expertos de las relaciones internacionales desarrolla y defiende sus hipótesis que, en síntesis, entregan a la identidad una relevancia no siempre reconocida, a la hora de explicar decisiones, políticas agendas y actuaciones de los distintos actores sociales en estos ámbitos. Desde esta perspectiva, se hace evidente la dificultad a la que se enfrenta la autora, dada la trascendencia –aún relativa– que los propios actores regionales entregan a estos aspectos, siendo la cuestión política y económica, el eje más mediático de las numerosas iniciativas regionales que se cuentan en América Latina. No obstante, queda sobradamente sustentada su hipótesis central respecto a la relevancia que tienen los aspectos culturales e identitarios en la construcción de las representaciones –de la región y de los otros– en los modos en que se trazan los objetivos de las distintas iniciativas regionales.

La investigación que realiza Pilar Bernad, viene a desarrollar una extensa comparación respecto a los sistemas —europeo y americano— de protección de los derechos humanos. El minucioso trabajo, ahonda en las convergencias y diferencias que presentan ambos sistemas. Lo interesante del texto, de cara a la lógica del libro en que se inserta, es el avance que ha desarrollado América Latina en la elaboración de todo un entramado jurídico que permite la protección de los derechos humanos, dando un espacio a la defensa de estos desde una dimensión supranacional. Si bien aún falta por implementar políticas más eficaces que garanticen el cumplimiento de estos derechos, no puede desconocerse el enorme valor que ha representado la implementación de la Corte Interamericana, así como los esfuerzos por incluir la defensa de los derechos de las minorías que, en el caso latinoamericano, se ha precisado en la defensa de los derechos indígenas.

Si bien el último capítulo se centra en un aspecto específico de la legislación española, su relevancia repercute directamente en América Latina —dado los casos de estudio que aborda— y de acuerdo al impacto que dicha legislación ha tenido en el continente americano. Nos referimos a la vigencia del Principio de Jurisdicción Universal que ha permitido a la justicia española perseguir y condenar actos de la más alta gravedad que, por distintos motivos no fueron perseguidos en sus lugares de origen. Este es la eje del trabajo de Mónica Sánchez Girao, centrándose en los casos de Chile, Argentina, México Guatemala y Salvador. Más allá del extenso y pormenorizado estudio desde una perspectiva jurídica y conceptual, su relevancia para esta obra colectiva, dice relación con el carácter aplicado de esta norma específicamente en países latinoamericanos. Esta cuestión pone en evidencia los enormes vacíos y temas pendientes que tienen los gobiernos latinoamericanos respecto a la impunidad del horror que representaron las dictaduras militares y la incapacidad, en la práctica, de perseguir y garantizar la justicia respecto a las sistemáticas violaciones a los derechos humanos que se cometieron como política de Estado en distintos lugares del continente.

Finalmente, como corolario de esta mirada compilada y diversa de América Latina, el libro concluye con cinco documentos de este periodo histórico que han definido la trayectoria de la región. El consenso Washington, el discurso zapatista, el informe del PNUD, el discurso del presidente Obama al pueblo cubano y los acuerdos de paz entre el gobierno colombiano y las FARC, concluyen un libro rico y diverso que propicia la reflexión de conjunto sobre el continente latinoamericano y los desafíos a los que se enfrenta.